

## “Tecnologías del yo”: entre la gubernamentalidad y la autonomía

Vanina Papalini

Es muy básico lo que yo busco, es estar bien, todo el tiempo. O sea estar, cuando digo estar bien es, va a sonar muy trillado, es aprender a ser feliz (Eduardo, 42 años).

Hay veces que realmente me resulta pesada la soledad (...). No obstante me voy familiarizando con esta situación de la soledad, pero entonces leer un libro como este, como este que estoy terminando de leer ahora (...) de pronto me saca de pensamientos que pueden ser un poco así girando a ciertos problemas que tengo que solucionar y que son vitales, como ya no vivir más en una casa grande, o cómo solucionar que mi hijo no tiene trabajo, toda una serie de cosas, las relaciones con mis hijos, bueno un montón de cosas; para sacarme de esos problemas que me llevan como a un solipsismo digamos, yo veo que la lectura es una gran cosa, pongo mis neuronas a trabajar y tratar de entender bien todos estos libros (Vicky, 73 años).

Eduardo es arquitecto, está casado y tiene hijos. Goza de buena salud, su entorno afectivo lo contiene y desarrolla proyectos que lo estimulan. Tiene un buen empleo y no le falta dinero. Podría decirse que “le va bien” en la vida. Vicky es profesora de artes retirada, vive sola. Sufre graves problemas de columna y a veces debe quedarse en la cama, postrada. Está divorciada; sus hijos no la visitan con frecuencia y pasa sola mucho tiempo. Toma sedantes para dormir escasas seis horas por noche. Debe elegir entre la conexión a la TV por cable o la cuota del club donde hace natación, pues no puede solventar ambos gastos.

Aunque las situaciones no sean simétricas en modo alguno, hay un dato en común: tanto Eduardo como Vicky son lectores contumaces de libros de autoayuda. Cada uno busca en ellos diferentes tipos de ayuda, pero los dos recurren a la misma fuente. En algún sentido, ambos son vulnerados por las nuevas condiciones de vida que reclama el capitalismo contemporáneo; ambos son exigidos por iguales constricciones y confrontados con los mismos ideales y modelos de éxito y felicidad. Sin embargo, ninguno de los dos puede responder completamente a esas exigencias. Ninguno de los dos, tampoco, pide apoyo a las agencias o instituciones que tradicionalmente lo brindaban: la familia, el estado, el empleador, la ayuda social, los sistemas expertos, las organizaciones de trabajadores.

¿Qué tan generalizado es este proceder? Las cifras de ventas de libros de autoayuda, que indican que uno de cada 5 libros vendidos en América Latina (Papalini, 2011) pertenece al género amplio de la autoayuda (Papalini, 2007a), prueban que se trata de una vía frecuente de búsqueda de solución a los conflictos vitales que experimentan los sujetos durante su vida. Pero, ¿qué es lo que esto significa? La pregunta implica, al menos, tres vectores: el primero, analizar las demandas que se plantean a los sujetos contemporáneos en la etapa actual del capitalismo; la segunda, describir los recursos que están a su alcance para satisfacerlas, y la tercera, comprender qué significan, en términos de gobierno de las poblaciones, estos procesos. El intento de respuesta que ensayaré a continuación ordena el razonamiento según un plan expositivo que va de una caracterización general del momento socioeconómico que vivimos, hasta la dimensión microfísica de las prácticas personales (Foucault, 1992), recorriendo en medio una serie de conceptos que ofician de puntos de apoyo para su escrutinio.

En un ejercicio de especulación, en el cual las referencias empíricas estimulan la reflexión, intentaré asomarme a la compleja dinámica que desencadenan las culturas terapéuticas y sus dispositivos, atendiendo a su doble filo: puestas al servicio de la gubernamentalidad, contribuyen a producir sujetos que convienen a las estrategias del capitalismo mundial integrado; pero al mismo tiempo, son capaces de generar procesos de transformación cuya dirección no está nunca garantizada. Esta doble valencia de los procesos que analizaré se explica por el concepto foucaultiano de “tecnologías del yo”, el cual explica los procesos de autotransformación de los sujetos. Mi tesis es que estas refiguraciones suceden aunque no necesariamente impliquen una ruptura con el orden dominante. Intento examinar las articulaciones, conexiones, condiciones y relaciones que se producen en los pliegues cuando un dispositivo particular, el de las prácticas terapéuticas, se ensambla con las configuraciones actuales del capitalismo.

### **Un panorama conocido**

Al observar los casos de Eduardo y Vicky presentados al inicio, uno de los aspectos que resulta llamativo es que ambos buscan, por sí solos, salida a los problemas que experimentan. Esta situación no es simplemente una decisión personal; antes bien, se

trata de una elección, en un abanico muy limitado de posibilidades, que sólo les permite buscar paliativos a las consecuencias menos agradables de un cierto modo de vivir que pesa sobre ellos. Tanto el planteo del problema –lo que experimentan como “malestar” –, como las posibles soluciones, están precodificados –es decir, designados, tipificados y valorados– dentro de un modelo societal que excede el “mundo de la vida” (Schutz & Luckmann, 1973), las situaciones y vivencias tal como se experimentan ordinariamente. Esto es: que la soledad y las restricciones económicas sean el horizonte “normal” de una mujer jubilada, que deba resolver sus dolencias físicas sin asistencia social, que las instituciones y la familia “pasen de ella”, implica ya una definición de sus dificultades que la confronta violentamente consigo misma –y sólo consigo misma. Por otro lado, en el extremo “exitoso” de la cadena, encontramos un profesional que busca una felicidad que, extrañamente, tiene que *aprender a reconocer* –es decir: no se siente feliz– aún en condiciones de vida muy superiores a las de Vicky. Sabe que “estar bien todo el tiempo” es difícil: el éxito siempre es precario; para mantenerlo necesita cada día reforzarlo, actualizarlo. Percibe que tal logro –y el potencial fracaso– *sólo dependen de él*.

Esta circunscripción individual de los problemas es el primer elemento a observar. Pareciera que las condiciones sociales del capitalismo contemporáneo exigen el involucramiento de los sujetos para enfrentar –con recursos gestionados personalmente– (Sennett, 2000) condiciones de existencia que demandan, fundamentalmente, sus potencialidades subjetivas: su creatividad, sus capacidades de liderazgo y de autogestión, su resiliencia, su flexibilidad. El nuevo capitalismo fundamenta su productividad en un “ser” (Boltanski & Chiapello, 1999), mucho más que en un “hacer”. Ya no se trata de competencias productivas –un “saber hacer”. Las capacidades y aptitudes requeridas para acceder a un empleo y ascender en la pirámide ocupacional son *modulaciones de la personalidad*, que constituyen exigencias claves para un mundo del trabajo orientado a los servicios.

Esta característica constituye una de las reconfiguraciones del neocapitalismo que se hace eco de los reclamos de los 60, en términos de mayor autonomía, menos rigidez en las rutinas y una crítica a la uniformidad proveniente de la industrialización (Boltanski & Chiapello, 1999; Le Goff, 2009). En el nuevo modelo, la producción seriada que fue propia del fordismo ha sido delegada a las tecnologías y al ensamblaje

humano-maquínico de las maquiladoras y factorías transnacionales. El nuevo *management* se orienta a potenciar la interfaz humana y desarrollar proyectos que exploten justamente las capacidades creadoras y sociales imposibles de ser delegadas a un autómatas (Fernández Rodríguez, 2007).

Estas nuevas competencias, que reposan en cualidades personales, demandan y, por lo tanto, agotan rápidamente, los recursos subjetivos. La necesidad de mantener siempre un ánimo “positivo”, la proactividad, la creatividad, no sólo describen una condición normal y estable a la que aspirar, sino que también proscriben y patologizan estados –también normales– que los sujetos atraviesan ocasionalmente: la tristeza, el desgano, la ausencia de “inspiración”, la timidez, el temor. El léxico circulante en los discursos sociales ha transformado ciertos sustantivos que, tanto en la lengua corriente como en la poesía, designaban un *pathos* conocido, bajo términos expertos que los tipifican: depresión, angustia, pánico, fobias, *stress*, son denominaciones provenientes del campo psicológico y psicoanalítico que deslizan subrepticamente una acusación de anomalía (Papalini, 2013). El peso desmesurado de las demandas dirigidas a los sujetos contemporáneos, compelidos a sostener este “deber ser” activo y positivo, resistente al *stress* y creativo, tiene como correlato el aumento de las crisis en un mismo plano: el de la subjetividad.

Es esta necesidad –a la vez personal y sistémica– de constituir y sostener a los sujetos la que actúa como origen de un nuevo dispositivo de la gubernamentalidad contemporánea: la llamada “cultura terapéutica”. La “cultura terapéutica” (Illouz, 2010) o “psy” (Rose, 1999), que incluye como caso paradigmático las diversas formas de la autoayuda, ha sido señalada como un emergente de las transformaciones contemporáneas, cuya finalidad es proveer apoyo y organizar las respuestas personales frente a las exigencias de los ámbitos de trabajo, de las relaciones familiares, de pareja. Cumple funciones diversas tendientes a lograr una mayor “adaptabilidad” (Papalini, 2007): se plantea como un sistema informal para la adquisición de las nuevas competencias y aptitudes laborales no provistas por instancias de capacitación formales como son aquellas basadas en la “personalidad”; orienta las relaciones interpersonales hacia estilos emocionales y modelos de interacción adecuados a estas condiciones; ofrece estrategias de afrontamiento de los problemas sociales y personales; funciona como apoyo proponiendo salidas a las crisis subjetivas y aumenta los niveles de

tolerancia a la fatiga y el *stress*. Este dispositivo, como explicaré a continuación, puede ser pensado como una “tecnología del yo” actual.

### **Las tecnologías del yo**

El seminario dictado por Michel Foucault publicado bajo el título de *Tecnologías del yo* (1990) presenta una clasificación de las tecnologías de gobierno divididas en tecnologías de producción, tecnologías de los sistemas de signos, tecnologías de poder y tecnologías del yo. De ellas, las dos últimas conforman la esfera de la gubernamentalidad: las primeras implican a las determinaciones a las que se somete a los sujetos, las segundas conciernen a las operaciones que éstos realizan sobre sí mismos –sobre sus cuerpos, pensamientos, prácticas– con el fin de alcanzar un cierto estado de felicidad, sabiduría o santidad que se corresponde con un determinado modelo moral. En las sectas helénicas estudiadas por Foucault, las tecnologías del yo servían como espacio de autogobierno, que tanto podía luego volcarse a un mejor gobierno de la polis, como apartarse de todo reclamo mundano persiguiendo ideales tales como el ascetismo y el desapego, es decir, el control completo del cuerpo, las emociones y las representaciones, en función de una mayor autonomía y una mayor sabiduría (Foucault, 2002).

A la inversa de lo que ocurre con los casos examinados por el filósofo francés, sostengo que las modernas tecnologías del yo, cuyos fundamentos provienen de fuentes diversas (religiones y formas religiosas *sui géneris*, tanto como las neurociencias, la bioquímica y la sociología, las psicologías conductistas, transaccionales y cognitivistas), al adherir a un modelo donde la moral está inextricablemente ligada a la orientación productivista del capitalismo, dirige a los sujetos hacia valores y conductas heterónomos tales como el éxito, la adaptación, la flexibilidad.

Dicho de otro modo: las tecnologías del yo pueden ir tanto en dirección de la autonomía, como en dirección inversa, hacia una mayor sujeción. Las tecnologías del yo que constituyen las culturas terapéuticas, están, en general, puestas al servicio de la gubernamentalidad neoliberal y son utilizadas como dispositivos de sostén, adhesión y control de los sujetos (Papalini, 2007b). Si revisamos la noción de tecnología, para la

PAPALINI, Vanina. (2013) “Tecnologías del yo”: entre la gubernamentalidad y la autonomía. En Rodríguez Freire, Raúl (ed.) *El gobierno del presente. Materiales críticos*. Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

perspectiva foucaultiana, toda tecnología es materialización de una racionalidad. La una y la otra se amalgaman para constituir la dimensión de la gubernamentalidad:

A través de las *tecnologías* –dicen Francisco Jodar y Lucía Gómez (2007)– se despliegan las *racionalidades* políticas. Por ello, en la “conducción de las conductas” de los individuos, *racionalidades* y *tecnologías* sólo son separables analíticamente. Todo ello está implicado en las prácticas complejas y múltiples de la gubernamentalidad (p. 385).

No es sorprendente, entonces, que aun las tecnologías del yo participen de la lógica de la gubernamentalidad, y estén atravesadas por las tecnologías del poder que suponen un saber. En el caso de estos dispositivos, construyen un tipo de saber sobre el sí mismo basado en la vulgarización de conocimientos expertos, incluso conocimientos complejos como el de la ciencia bioquímica. Estos conocimientos, que provienen de sedes científicas pero se trasladan al discurso social simplificados, se aplican al cuidado del cuerpo como conocimientos de receta (Berger & Luckmann, 1972), en la misma línea que la dietética helénica; es decir: la atención del organismo y los alimentos que se ingieren suponen un equilibrio que permita un mejor manejo de las “potencias” corpóreo-afectivas. Los estudios de la química en relación a la anatomía y fisiología humanas ofrecen una versión popular que intenta operar en términos de ese equilibrio de componentes orgánicos que permita el buen estado psicofísico. La sugerencia de comer chocolate como modo de reemplazo de las actividades de las feromonas es uno de los ejemplos de vulgarización de estos conocimientos expertos. Luego, el paso del alimento al sustituto químico no se vuelve un salto “mayor”; la dinámica psicofarmacológica se va volviendo, como consecuencia de esta divulgación, aproximadamente comprensible para el paciente.

La lectura que Foucault propone de los procedimientos del “cuidado de sí” en las sectas helénicas incluía la figura de un tutor, un maestro, que acompañaba al discípulo y guiaba su interrogación filosófica. En la antigüedad grecorromana, la preocupación por el sí mismo –“una actividad extensa, una red de obligaciones y servicios para el alma” (Foucault, 1990, p. 61)– proporcionaba un saber sobre el sí mismo. En el mundo moderno, en cambio, el conocimiento de sí constituye el principio fundamental del cual se derivan las prácticas del cuidado propio. Este conocimiento –ajeno a la inquietud de

sí y producido bajo las lógicas de abstracción y especialización del gobierno de las poblaciones— se aplica en función del control de los cuerpos y almas.

La novedad del neocapitalismo es que aquellas prácticas disciplinarias que demandaban la intervención de un experto (un médico, un psiquiatra, un profesor, un policía), han cedido su lugar a modos de vigilancia globales que presuponen una interiorización del gobierno. Con la difusión de un conjunto de saberes expertos puestos al alcance de las poblaciones como enseñanzas pragmáticas, se facilita que los propios sujetos se autocontrolen, se autolimiten. En el extremo del autocontrol, incluso el proceso de subjetivación ha sido delegado en los sujetos, esto es: los sujetos encuentran a su alcance un número de recursos útiles para regular sus conductas de un modo tal que resulten compatibles con los modelos morales propiciados por los poderes de gobierno. La consecución “exitosa” de estos modelos garantizaría la felicidad.

Existe, entonces, una dimensión en la cual estas estrategias del gobierno de las poblaciones se plasman y distribuyen a nivel microfísico. Recorren toda la extensión de las sociedades en la forma de objetos y prácticas triviales que habitan la cotidianeidad. Como lo enuncia Nikolas Rose:

Las prácticas de gobierno son intentos deliberados por dar forma a la conducta de cierta manera y en relación con ciertos objetivos. Los intentos, desde el gobierno, deben ser formalmente racionalizados en declaraciones, políticas, panfletos y discursos (...) pero otros están menos articulados formalmente; existen en la forma de una variedad de racionalidades instrumentales dentro de tipos particulares de prácticas (...) algo en cierta medida captado en una multitud de palabras capaces de describirlo y representarlo: educación, control, influencia, regulación, administración, gestión, terapia, reforma, guía (Rose, 1999, p. 8).

Estas nuevas tecnologías del yo persiguen la soberanía del sí-mismo en la forma de *omnipotencia*, el desapego traducido como *denegación* y la autonomía en la forma de *autoafirmación individualista*. Los ideales “caídos” del conjunto de virtudes a las que aspiraban las sectas grecorromanas son la sabiduría, que en la versión secular de la modernidad deviene un campo propio de ciertos especialistas, y la santidad, entendida como una forma de realización de la vida que tienda a la trascendencia.

Sin embargo, aun cuando las tecnologías del yo se articulen con las tecnologías del poder, por su misma forma de operar, generan pliegues cuya dinámica es imprevisible. En tanto las tecnologías del yo exigen la intervención directa del sujeto,

una aceptación deliberada y una inscripción efectiva en su materia corporal y sus representaciones mentales, abren un espacio plural, polifónico, de fuerzas encontradas – aquellas que el sujeto condensa existencialmente. Aunque la lógica de la gubernamentalidad intente organizarlas bajo un imperativo proveniente del afuera, su realización es *paradojal* ya que introducen la posibilidad de escamoteo del sí-mismo frente a las formas más generalizadas de subjetivación.

### **La subjetividad como clave de la gubernamentalidad de nuestra época**

Desde la perspectiva de los autores foucaultianos británicos, como Nikolas Rose o Colin Gordon, la gubernamentalidad es otro de los conceptos clave para examinar los procesos contemporáneos. El término foucaultiano, preferido por Rose al uso de biopolítica, (Rose, O’Malley & Valvedere, 2012), retiene en su segundo término la noción de “mentalidad”, que subraya un aspecto particular del gobierno de las poblaciones: sus estrategias, tecnologías y acciones están imbuidas de una lógica práctica de la que participan tanto poblaciones como gobiernos. Dicho de otro modo: la actividad de gobierno está ligada a la actividad del pensamiento, una racionalidad que no es una especulación teórica sino que se materializa en procedimientos, objetos, políticas, argumentos y vías por y con los cuales se modela la conducta de los sujetos. La contribución que la perspectiva de la gubernamentalidad brinda para el estudio de lo social consiste en una concepción del poder que se articula mejor a los procesos del presente cotidiano, iluminando lo que Foucault denominaba “superficies de emergencia” (Foucault, 1970). Éstas constituyen planos de inteligibilidad sobre los que se proyectan, ingresando en un determinado “sistema de visibilidad”, los objetos producidos por procesos de construcción particulares (Rose, 1996, p.61). Los problemas prácticos de la vida cotidiana no existen de antemano, esperando a ser descubiertos. Antes bien, ellos son el resultado de las “problematizaciones” que han logrado definir determinados aspectos conflictivos de la existencia humana, volviéndolos disponibles para ser pensados e intervenidos (Rose, 1996, p. 11).

Así, cuando buena parte de los conflictos contemporáneos se define en términos del “yo”, se está al mismo tiempo *produciendo* el problema y guiando sus formas de



resolución de una manera específica que conviene a la gubernamentalidad. La subjetividad, efecto de procesos de subjetivación y sujeción, se vuelve así una categoría central que se expresa ejemplarmente en dos procesos. Por un lado, la individualización de la sociedad (Castel, 1995; Ampudia de Haro, 2006) y, por otro, la psicologización de la cultura (Rose, 1999; Álvarez-Uría Rico, 2004; Illouz, 2006). El primero se refiere al debilitamiento de las referencias vitales tradicionales, tales como el civismo, la religión, las instituciones. La política basada en la individualidad supone que la interpelación pública se produce de sujeto a sujeto. El segundo punto se refiere al proceso por el cual la inteligibilidad de lo social remite en una especie de sustrato psíquico profundo; el "yo" aparece aquí como la fuente de lo "auténtico" y una explicación omnicompreensiva para todo lo que ocurre.

El refuerzo constante de la escisión entre el yo y el conjunto y entre "interioridad" y "exterioridad" que manifiestan estas dos lógicas, es una operación que instala un cuestionamiento a la ética colectiva. Si lo único "auténtico" es la verdad dicha por el sí-mismo, no se aceptarán críticas ni límites que provengan de los "otros". El único juicio válido es el propio, pues es el único verdaderamente "auténtico". De allí la legitimidad de la autorreferencia como parámetro de verdad: una verdad que ya no es objetiva ni intersubjetiva sino plenamente subjetiva.

Pero la exhortación que lo afirma todopoderoso, al mismo tiempo lo convierte en *responsable*. La potencia reside pura y exclusivamente en el sujeto, un sujeto que, como podrían imaginar Deleuze y Guattari (1997) es construido como un -1, ya que se constituye como un efecto artificiosamente unitario logrado merced a su sustracción de las tramas que lo configuran y lo sostienen, tramas que en la misma operación se invisibilizan.

En su faz política, esta lógica se traduce como "neoprudencialismo" (O'Malley, 2006); y se refiere a un sujeto que se autorregula y autoprovee, que hace de la previsión y la precaución una constante (Sepúlveda Galeas, 2011). El neoprudencialismo se convierte en una nueva modulación de la gubernamentalidad que desplaza las funciones públicas y las vuelve objeto de acciones privadas, enmascara los condicionamientos estructurales y las determinaciones sociales que limitan al sujeto y, al mismo tiempo, enfatiza su capacidad para resolver, con sus recursos personales, las múltiples contingencias que se le presentan. La seguridad, como el éxito, el empleo, la felicidad,

la estabilidad, condiciones de vida dignas, la salud, son un asunto que atañe al sujeto y que éste es *responsable* de resolver.

Las competencias requeridas para autosostenerse y autorregularse no están ni en las capacidades físicas ni en las mentales; fundamentalmente, se trata de un conjunto de cualidades que se asignan al sujeto. En cuanto el poder y la verdad son atribuidos al yo, el sujeto cree poder transformarlo todo y, por lo tanto, se vuelve garante de todo. En las versiones de la esfera cotidiana, la supremacía de la subjetividad toma la forma de una filosofía –o más exactamente: un conjunto de creencias– idealista que desdobla al sujeto en un cuerpo (envase imperfecto, de caducidad rápida, sobre el que se puede intervenir), y un alma, verdadera sede del yo. Este neoidealismo insiste en la premisa de que el pensamiento, la psiquis o las representaciones dominan, conducen y modifican la materia. La resolución de problemas o el cumplimiento de los deseos apelan a la imaginación, la concentración y las aptitudes personales. Este tipo de pensamiento, en su forma “racional”, destaca las capacidades latentes de la inteligencia y los atributos del carácter, y en su vertiente religiosa, apela a nociones tales como la energía, la fuerza de las representaciones mentales y un número de creencias variables según la doctrina o religión que se profese. Sus premisas fortalecen la idea de que nada es inmutable y que la propia intervención –inclusive en la forma de “programaciones inconscientes” y “visualizaciones”– puede modificar el mundo circundante. Si el sujeto puede, por sí sólo, modificar sus condiciones, se vuelve responsable por (culpable de) ellas. Si las sufre, y no las cambia, es porque *no se lo propone* con suficiente decisión y compromiso. Según esta lógica, todo el poder está en sus manos. Las condiciones estructurales desaparecen de toda consideración.

El principio de voluntad y autonomía en el que se basan las actuales tecnologías del yo expresan una ética en la que el sujeto, “responsable de sí mismo”, resulta funcional a las lógicas de la gubernamentalidad en tanto desplaza el control a los propios sujetos. Esta operación política está expresada ampliamente en las formaciones discursivas contemporáneas: de manera directa o indirecta, el tema de la subjetividad aparece como una de las “claves explicativas” de un sinnúmero de situaciones que van desde lo laboral a lo personal, desde la salud a la economía. La autonomía aparece como otra forma de engaño; la insistencia sobre el empoderamiento y la creatividad habilitan procesos de control y autocontrol en la lógica neoprudencialista. El capitalismo aprende

PAPALINI, Vanina. (2013) “Tecnologías del yo”: entre la gubernamentalidad y la autonomía. En Rodríguez Freire, Raúl (ed.) *El gobierno del presente. Materiales críticos*. Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

de sus críticos; la nueva versión del trabajo flexible es respuesta a los reclamos de los 60 (Boltanski & Chiapello, 1999).

### **Culturas terapéuticas y libros de autoayuda**

La exigencia conlleva la oferta de recursos para sostener a sujetos autoexigidos y demandados en tanto “autónomos” y “responsables”. La extendida cultura “psy” o terapéutica –conformada por dispositivos diversos, entre ellos, los libros de autoayuda, que, como indica su prefijo, enfatizan las capacidades propias–, ofrece una respuesta a las angustias experimentadas y a la necesidad de salidas –naturalmente, individuales– a problemas vividos como privados.

Entiendo a las culturas terapéuticas como amalgama de discursos y saberes legos y expertos, prácticas y creencias científicas y religiosas que conciben el malestar subjetivo y la dolencia física como sufrimiento inaceptable o sólo admisible en niveles muy bajos. Reactivas a toda forma de padecimiento, las culturas terapéuticas proponen una serie de recursos para “estar bien” de manera constante o casi constante. Las terapias mixturan prácticas diversas basadas en concepciones del cuerpo y creencias trascendentes o religiosas, a veces, hasta contradictorias entre sí.

Bajo el gobierno de las culturas terapéuticas y el imperativo de “estar bien” y “ser feliz” todo el tiempo, como manifestaba Eduardo, se comprende por qué se amplía el rango de lo que se considera “patológico” que expliqué precedentemente. Así, tanto la enfermedad, como la ancianidad o la fealdad, y el abatimiento, al igual que la incertidumbre o la lentitud, pueden ser concebidas como alteraciones o menoscabos de lo normal y lo deseable.

La extensión de las formas terapéuticas es *condición de posibilidad* de una forma de capitalismo que descansa sobre los recursos personales. El “tipo antropológico” que proponen, sobre todo en su vertiente managerial y mucho menos en la que se basa en preceptos de religiones orientales, reconvierte a los sujetos sobre el molde del “empresario de sí mismo” (Du Gay, 2003). Según Paul Du Gay, las formas organizacionales emergentes otorgan “prioridad ontológica a una categoría particular de persona” –el ‘hombre de negocios’ o ‘empresario’” (252)– como un tipo de disposición

particular que excede el mundo empresarial o de los negocios. La noción de “empresario de sí mismo” retoma la noción de Colin Gordon de “empresario del yo” – un sujeto altamente receptivo a las modificaciones de su ambiente (Gordon, 1987, p. 300)– para señalar que la gubernamentalidad neoliberal compone al sujeto como un tipo particular de persona, prescindiendo de la condición en la que ella se encuentre concretamente. La forma-empresa ha sido extendida a la totalidad de lo social: “la empresa –dice Deleuze– es un alma, un gas” (1997, p. 19) y, por ello, constituye la clave de todas las modulaciones de gobierno.

Las culturas terapéuticas proveen a las poblaciones de un lenguaje y conceptos que le permiten tanto identificar las metas, como diagnosticar las situaciones que atraviesa y los bienes y las técnicas que necesita para superarlas. Las terapias y procedimientos que aconsejan, en su mayor parte, tienen como objetivo mejorar la *performance* y superar los malestares causados por sus propias condiciones de existencia (Ehrenberg, 2005). Las técnicas, fácilmente accesibles, incluyen manuales, libros y recetas presentes en publicaciones y medios de circulación masiva; terapias y prácticas físicas, psicológicas y espirituales, fitoterapias, complementos nutricionales y sustancias psicoactivas, legales e ilegales. La divulgación de artículos y programas radiales y televisivos que explican la “química de las emociones”, el funcionamiento psíquico de los sujetos y las influencias del ambiente sirven a la interpretación de los síntomas que el sujeto experimenta. Este autodiagnóstico conduce a menudo a la decisión de un autotratamiento.

Cuando media una intervención profesional, la salida preferente es la prescripción de antidepresivos y tranquilizantes. La demanda de psicofármacos ha crecido de manera alarmante (INDEC, 2009). En Francia, España y Estados Unidos, varios autores destacan este aumento de consumo de psicofármacos (Zarifian, 1996; Healy, 1999; Secades Villa y otros, 2003). La ingesta de antidepresivos es particularmente significativa puesto que la depresión –denominación vaga que ha salido del campo específico de la salud mental para aplicarse de manera indiscriminada en la designación de sensaciones subjetivas diversas y difusas– (Ehrenberg, 2000) es la contracara de la hiperproductividad. El uso de terapias de autoaplicación economiza el ejercicio del poder, pretendiendo que el individuo se aplique su autogobierno.

Es necesario señalar que estas técnicas, procedimientos, prescripciones y terapias, coexisten con formas intersubjetivas cooperativas, como los grupos de ayuda mutua, los grupos que realizan prácticas tendientes a mejorar la salud o desarrollar la espiritualidad y los cultos que se orientan al empoderamiento, sin perder de vista la solidaridad. Aunque muchos de ellos se apropian de este mismo vocabulario, tienen como dato fundamental otra gramática; es decir, un modo de establecer vínculos recíprocos, horizontales y fraternos, y no individualistas e individualizantes.

### **Rejillas de especificación: la dinámica del pliegue**

Al considerar a las culturas terapéuticas en términos de “tecnologías del yo”, se abre una posibilidad que resulta imprescindible explorar: aquellas dinámicas en donde el sujeto “escapa” de la gubernamentalidad y abre un espacio que, más que resistir, ofrece un nuevo tipo de experiencia y un conocimiento diferente de sí mismo que puede moverse en direcciones inusitadas.

Esa derivación, esa ruptura, debe entenderse en el sentido en el que la *relación consigo mismo* adquiere independencia. Es como si las relaciones del afuera se plegasen, se curvasen para hacer un dobléz, y dejar que surja una relación consigo mismo, que se constituya un adentro que se abre y se desarrolla según una dimensión propia (Deleuze, 2003, p. 132).

El énfasis en estas dimensiones productoras de experiencia se traduce en la necesidad de situar y contextualizar los procesos estudiados, puesto que las prácticas y las técnicas de la gubernamentalidad son diferentes para cada sociedad y en cada momento histórico. La lectura de los procesos de subjetivación no puede, entonces, reducirse a estas consideraciones generales. El examen del modo en que los dispositivos de la cultura terapéutica se articulan con las biografías singulares y las condiciones específicas permite observar sus inflexiones. Resulta útil recurrir entonces al concepto foucaultiano de “rejillas de especificación” (Foucault, 1970) que permite anclar específicamente la aparición de los discursos. He respondido, aproximadamente, las preguntas por su superficie de emergencia y las macro-circunstancias que delimitan la

aparición de los discursos terapéuticos, referidos a los contextos espacio-temporales y sus temas y significaciones centrales.

Resta observar, siquiera someramente, la “regla del sujeto” que implica preguntarse a quién se habla. En esta interpelación, se configuran sujetos de un determinado tipo que caractericé bajo la lógica del neoprudencialismo. No obstante, la respuesta no está completa; percibo la pregunta como una interrogación por la exterioridad, por el afuera y no por el pliegue. Si, como sugiere Deleuze, las tecnologías del yo, a pesar de que están concebidas como parte de la gubernamentalidad, instalan diálogos y revisiones que llevan a cuestionar el yo, entonces es necesario reconceptualizar estas “rejillas de especificación” para que incluya no sólo los discursos dirigidos a los sujetos, sino sus apropiaciones *desde* los sujetos. Podemos dejar que los sujetos hablen. Podemos leer el “sí-mismo” como un filtro. En el sentido de los interrogantes que pueden producir las tecnologías del yo, los procesos subjetivos pueden seguir cauces inimaginables, que no son completamente funcionales a las lógicas de la gubernamentalidad.

Volveré a uno de nuestros casos iniciales, el de Vicky. Una larga entrevista permite entender un uso particular de los libros de autoayuda, que comenzaron a colarse entre sus lecturas a partir de su divorcio. Llegan a ella por recomendación de sus amigas, que la veían desprovista de medios para sostenerse en su nueva situación, sin el apoyo de un marido. A partir de esa separación –que experimenta como un trauma–, se inicia un proceso de reconstitución de su identidad y empoderamiento femenino que le permite, con dificultades, sostenerse por sí misma. La experiencia –pues constituye una experiencia en el sentido de establecer una ruptura con su “modo de ser” previo– resulta buena. Quizá la recordaba cuando, 20 años después, se integra a un grupo de mujeres ya retiradas de la actividad laboral, que participan en la discusión de lecturas de autoayuda. Cuando la entrevisté, se reunía con sus amigas una vez por semana. Compartían un té con “algo rico” que cada una aportaba, discutían lecturas, veían películas, alejaban la soledad al mismo tiempo que se daban trabajo intelectual y discusión grupal. Me mostró sus cuadernos de notas: ellas *estudiaban* con y a partir de libros de autoayuda.

Mirá lo que estoy leyendo, porque es una cosa inaudita lo que estoy leyendo. (...). Es un libro que se llama *La reinención de la física en la era de la emergencia*, que es de Robert Laughlin, que es uno que ganó el premio Nobel de física, hace... no sé si es del

2005 este premio Nobel (...) Y nosotras tenemos con S. ... un grupo que le llamamos de física cuántica, que es un poco un *aggiornamento* de todo esto de la New Age, de todos los libros de autoayuda, pero como dándole un respaldo más físico ¿no? (...) [S.] nos congregó a toda una serie de mujeres de la zona sur [de la ciudad] ¿no? Y nos pasó unas películas, hay una serie de películas de esta gente (...) La primera que vimos fue ¿*Qué rayos sabemos?* (...) Y bueno, ocurrió que en esta reunión había una que había sido docente (...) que dijo: “bueno, pero nosotros hemos visto una película, todo el mundo quedó muy impactado con esta película, pero –dice– hay que saber qué es la física cuántica”. Mínimamente, aunque sea que te lo expliquen así en un nivel fenomenológico más o menos ¿no cierto? Hay que saber qué es la física cuántica (Vicky, enero de 2010).

Lo que vemos aquí es un *desplazamiento* que va de la lectura de autoayuda al estudio de la física cuántica, una deriva completamente impensable para este tipo de textos, y este tipo de lectoras: mujeres de 65 a 75 años. Por otro lado, también es notable que el precepto de la omnipotencia preconizado por la autoayuda sea desarticulado, para dar lugar a una actividad colectiva, horizontal y participativa, perfectamente moderada por las propias participantes. Vicky cuenta las “reglas” que seguían para que nadie monopolizara la palabra ni hubiera agravios, los cuidados en relación a la preparación del espacio de la reunión y la importancia de la comida compartida. Inversamente al sentido de la autoayuda para una racionalidad de gobierno, aquí sirve de motivación para la formación de una micro-comunidad que instala relaciones virtuosas, profundamente solidarias, estímulos para la autonomía.

Cierto, éste es un caso raro, pero no único. En mi bitácora de investigación aparecen algunos otros que muestran trayectorias extrañas a las previstas por el dispositivo. De allí que estoy convencida de la necesidad de abrir la perspectiva para escuchar y ver lo que significan estos procesos a niveles microfísicos. Las dinámicas en las que el dispositivo se inserta –en el caso de Vicky, de interacción y contención grupal– estimulan un proceso reflexivo *compartido* que desencadena prácticas no imaginadas en los diagramas del funcionamiento terapéutico.

El caso raro, el caso marginal, exige salir de los análisis teóricos puros para comprender sus inflexiones y matices. Quisiera conjeturar qué tipo de dinámica se producen en los pliegues: una dinámica cuyo devenir no está en modo alguno determinado. En tanto las tecnologías del yo facilitan un movimiento de densificación de la subjetividad, acontecen procesos de refracción. Llamo “refracción” al proceso de interiorización modificada de las condiciones objetivas, un proceso en el cual se articulan dos dinámicas de la subjetividad: la de su producción social, en relación a lo

dado, y la de su recreación. El orden social se resitúa en la constitución de sujetos: al plegarse, permite que se establezcan nuevas dinámicas y nuevas combinaciones. Como un caleidoscopio, las subjetividades se modifican y recrean.

Éste es un efecto paradójico de los dispositivos de la gubernamentalidad, cuando apela a las tecnologías del yo. Atendiendo a estos procesos de constitución y reconfiguración, se hace posible construir un concepto dinámico que retenga las tensiones que lo atraviesan. Siguiendo a Guattari (1996), existen distintos movimientos de formación de la subjetividad:

- se constituye como fijación provisoria y continuidad seriada de la pauta internalizada en relación a un tiempo-espacio histórico-social;
- se desplaza-deviene otra en relación con un acontecimiento singular que se establece como experiencia, que irrumpe en la serie vital;
- es recapturada a través de distintos dispositivos que retoman los movimientos de fuga, resignificando la experiencia disruptora y amarrándola a las lógicas del poder.

Las culturas terapéuticas están generalmente ligadas al tercer movimiento; el movimiento de reaprehensión de las subjetividades, de fijación de sus cambios cismáticos y reencauzamiento de sus dinámicas disidentes. Creo que puede postularse, sin embargo, un cuarto movimiento, concibiendo una dinámica no lineal sino espiralada. Las crisis movilizan "líneas de fuga" que, aunque luego sean reaprisionadas, han producido un tipo de experiencia, una complejización de la subjetividad. Nunca se regresa exactamente al mismo punto, del mismo modo que no es posible permanecer "igual". El sujeto tiene como atributo la potencia, definida como la capacidad de devenir-otro, diferente de aquello que se esfuerzan por imponer las lógicas hegemónicas. Allí radica la posibilidad de su recreación y transformación radical.

La autonomía es un trabajo. Las paradojas que intento exponer demuestran que este trabajo es asequible.



PAPALINI, Vanina. (2013) “Tecnologías del yo”: entre la gubernamentalidad y la autonomía. En Rodríguez Freire, Raúl (ed.) *El gobierno del presente. Materiales críticos*. Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

## Bibliografía

- Álvarez-Uría Rico, F. (2004). Viaje al interior del yo. La psicologización del yo en la sociedad de los individuos. *Claves de razón práctica*, 146.
- Ampudia de Haro, F. (2006). Administrar el yo: literatura de autoayuda y gestión del comportamiento y los afectos. *Revista Española de Sociología*, 113: 49-72.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1972). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Boltanski, L. & Chiapello, E. (1999). *Le nouvel esprit du capitalisme*. París, Francia: Gallimard.
- Castel, R. (1995). *Les métamorphoses de la question sociale*. París, Francia: Fayard.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1997). *Rizoma*. Valencia: Pre-textos. (Trabajo original de 1976).
- Deleuze, G. (1997). Posdata sobre las sociedades de control. En C. FERRER, *El lenguaje libertario II. Filosofía de la protesta humana*. Montevideo, Uruguay: Nordan-Comunidad (Traducción del capítulo “Post-scriptum sur les sociétés de contrôle”, *Pourparlers*, 1990).
- Deleuze, G. (2003). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós. (trabajo original de 1986).
- Du Gay, P. (2003). Organización de la identidad: gobierno empresarial y gestión pública. En S. Hall & P. Du Gay (eds.). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ehrenberg, A. (2005). *Le culte à la performance*. París: Hachette. (Trabajo original de 1991).
- Fernández Rodríguez, C. (ed.) (2007). *Vigilar y Organizar. Una introducción a los Critical Management Studies*. México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. (1ª Ed.). México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós / Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France. 1981-1982*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gordon, C. (1987). The soul of the citizen: Max Weber and Michel Foucault on rationality and government. In S. Whimster y S. Lash (eds.), *Max Weber: Rationality and Modernity*. Londres: Alien & Unwin.
- Guattari, F. (1996). *Caósmosis*. Buenos Aire: Manatíal.
- Healy, D. (1999). *The Antidepressant Era*. Cambridge: Harvard University Press.
- Illouz, E. (2006). *Les sentiments du capitalisme*. París: Edicions du Seuil.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna*. Buenos Aires: Katz.
- INDEC. (2009). La industria farmacéutica argentina. Segundo trimestre de 2009”. Buenos Aires, s.e. [http://wwwcofa.org.ar/Observatorio/farm\\_09\\_09.pdf](http://wwwcofa.org.ar/Observatorio/farm_09_09.pdf). Acceso: 20/01/2010.
- Jodar, F. & Gomez, L. (2007). Educación posdisciplinaria, formación de nuevas subjetividades y gubernamentalidad neoliberal. Herramientas conceptuales para un análisis del presente. *Revista Mexicana de Investigación Educación*, 32, 381-404.
- Le Goff, J.P. (2009). *La barbarie edulcorada*. Buenos Aires: Siglo XXI.

PAPALINI, Vanina. (2013) "Tecnologías del yo": entre la gubernamentalidad y la autonomía. En Rodríguez Freire, Raúl (ed.) *El gobierno del presente. Materiales críticos*. Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

- O'Malley, P. (2006). *Riesgo, neoliberalismo y justicia penal*. Buenos Aires: Ad-hoc.
- Papalini, V. (2007a). La literatura de autoayuda, una subjetividad del Sí-Mismo enajenado. *La trama de la Comunicación*, 11, 331-342
- Papalini, V. (2007b). La domesticación de los cuerpos. *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, 4 (1), 39-53.
- Papalini, V. (2011). Literatura masiva, las marcas de la mundialización en las culturas nacionales. *Análisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 43, 73-87.
- Papalini, V. (2013). Recetas para sobrevivir a las exigencias del capitalismo (o de cómo la autoayuda se volvió parte de nuestro sentido común). *Nueva Sociedad*, 245, 163-177.
- Rose, N. (1996). *Inventing Ourselves*. Londres: Cambridge University Press.
- Rose, N. (1999). *Governing the Soul*. Londres: Free Association Books.
- Rose, N. (2003). Identidad, genealogía, historia. En S. Hall y P. Du Gay (eds.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rose, N., O'Malley, P. & Valvedere, M. (2012). Gubernamentalidad. *Astrolabio*, 8, 113-152. Traducción de Germán Díaz y Valentín Huarte.
- Schütz, A. & Luckmann, T. (1973). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Secades Villa, R., Rodríguez García, E., Valderrey Barbero, J., Fernández Hermida, J.R., Vallejo Seco, G. Y Jiménez García, J.M. (2003). El consumo de psicofármacos entre la población que acude a Atención Primaria en el Principado de Asturias. *Psicothema*, 15(4), 650-655.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1999).
- Sepúlveda Galeas, M. (2011). El riesgo como dispositivo de gobierno: neoprudencialismo y subjetivación. *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 20 (2), 2011, 103-124.
- Zarifian, É. (1996). *Le prix du bien-être*. París: Odile Jacob.